

# La Voz de Alicante

Lunes 29 de Mayo de 1905.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Alicante, un mes, 1'25 peseta.  
En el resto de España, trimestre, 4'25

Número suelto, 5 céntimos

DOS EDICIONES DIARIAS

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

SAN FERNANDO, 43, ENTRESUELO

La correspondencia al Administrador

Teléfono n.º 24  
Apartado n.º 25

Núm. 309

## Diario de un reporter

Mañana debe llegar a París Su Majestad D. Alfonso XIII. Los correspondientes cuentan y no acaban del entusiasmo con que los buenos vecinos de la villa de París se preparan a recibir la visita de nuestro rey. Los boulevares ostentan ricas percalinas y hermosas corbeilles de flores...

clavetes de los llamados «viva España» que son amarillos y encarnados. Están de moda las canciones españolas y a todos los españoles que viven en París se les saluda con particular cariño, como si fueran las personas más simpáticas del mundo.

¿Qué vendrá detrás de este cariño extraordinario? Porque yo soy como el pájaro que se escamaba de que le convidasen a pasear sin llevarle dinero por ello, y creo que cuando una persona está muy amable conmigo es porque vá a pedirme algo.

¿Qué querrá pedirnos doña Juana? Por si acaso, estemos prevenidos.

## Un poco acerca del viaje

Ya ha emprendido D. Alfonso su viaje a Francia é Inglaterra, viaje de que se ha hablado mucho y de que se ha dicho poco; de que algunos esperan grandes cosas, que sólo serán grandes si son malas, y de que otros no esperan sino cosas chicas, que es como no esperar ninguna. Nadie sabe lo que espera el gobierno, en representación del cual acompaña a D. Alfonso el señor Villaurrutá; ni se sabe si espera algo, y eso que el viaje viene preparado de larga fecha; pero esta ignorancia acerca de lo que el gobierno espera, si es que ha puesto alguna esperanza en el viaje, puede provenir de la poca importancia que concede la gente a este gobierno, que limita su acción a no hacer lo único de bueno que hacen los gobiernos liberales, que es irse; pero en esto de procurar quedarse el mayor tiempo posible, sigue la tradición de todos sus antecesores.

Más hay una cosa evidente: la satisfacción con que ven todos los liberales, desde los católicos hasta los ateos; desde los que andan en cofradías y comulgan con frecuencia, hasta los que niegan toda religión y se dan la mano con los anarquistas, el viaje a Francia é Inglaterra aconsejado por el gobierno. Y cuando todo el liberalismo, cuando el liberalismo español y el de todas partes, aplaude algo con unanimidad absoluta, es necesario suponer que en ese algo tiene interés el alma del liberalismo internacional, que es la masonería, duena y señora de Francia, soberana en Inglaterra y poderosa en España por la protección y las adherencias extranjeras que a nadie se le

pueden ocultar. Mas por si hubiera alguien que lo ponga en duda, bueno será advertir que ya nadie niega que al gobierno francés se debe la combinación de este viaje, lo mismo en su aspecto político que en su aspecto matrimonial, y para que no se crea que son imaginaciones del patriotismo castizo, es decir, católico, véase cómo lo da a entender, ó mejor aún, cómo lo dice, este párrafo de una correspondencia de París que inserta «El Imparcial»:

«Serán, tal vez, fiestas y obsequios portabla, ó más bien por carambola, en las que, haciendo España de mingo, se la halaga a ello para que los halagos repercutan en los corazones y corazoncitos ingleses que van a latir pronto al unisono con los nuestros, después de una laboriosa gestión de esta misma diplomacia francesa, tan interesada en esta nueva triple, que mirando a Marruecos, mira también a muchísimos otros problemas de carácter mundial, como ahora se dice»

A poco que se repare en las palabras de *El Imparcial*, vese claramente que Francia—y decir Francia equivale hoy a decir la masonería—es quien ha ideado la combinación de que resulta el viaje que emprende D. Alfonso aconsejado por el gobierno; viaje que «hará latir los corazones y corazoncitos ingleses al unisono» con los de los españoles que no tengan corazón; viaje de que puede surgir una triple alianza, que mirando a Marruecos, mira también a muchísimos otros problemas de carácter mundial, es decir, universal; viaje que, si resulta a gusto de franceses é ingleses, va a ser el mayor semillero de males en que hayan metido a España los gobiernos del liberalismo.

¿Qué lástima que el liberalismo ciego y entontezca a los políticos que aquí ejercen el poder hasta el punto de que no perciban ni las cosas que se palpan, y de que no se enteren de las que sin esfuerzo ninguno se pueden entender. Francia sigue la política que le parece más favorable a sus intereses, é idea las combinaciones que mejor se acomodan a él; Inglaterra hace lo propio. Sin gran ventaja para sí, Inglaterra no hace nada, Francia practicará lo mismo. Más en España sucede otra cosa y lo último que se mira es el interés español; de suerte que en los asuntos internacionales, de todas, todas, favorecemos el interés ajeno y desamparamos el propio.

Si el viaje que el gobierno ha aconsejado a D. Alfonso está relacionado con algo más que la cortesía internacional, mala ventura nos aguarda, porque es seguro que no prevalecerá lo que a los españoles, sino lo que convenga a los extranjeros.

## Cronica científica

(DE NUESTRO SERVICIO ESPECIAL)

SUMARIO: El andar.—Una «cartilla» —Marcha regular.—Por andar encorvado.—No andar despacio.—Al subir escaleras.—Los niños.—El paseo.

Acercas de un ejercicio tan sencillísimo al parecer, como es el andar, *andan* los antropólogos y los médicos preocupados desde hace algún tiempo.

Estos estudios iniciáronse—cómo no?—en Londres, pero pronto fueron el asunto obligado de los sabios franceses y alemanes, pues no parece sino que los que la política trata de separar como a enemigos mortales, quiere la ciencia unir bajo su templo augusto.

Pues bien, se trata de un artículo publicado en la *Review*, de París, que ha dado margen a una moción presentada en la Academia de Berlín, para que ésta edite por su cuenta una *cartilla* acerca del andar.

El trabajo primitivo es de Goileana; y el compilador de las afirmaciones que en aquel se dan y quien casi las ha puesto en forma de código, es Gredgratch. No se sabe aún si la Academia de Medicina berlinesa acordará la impresión de esta memoria que ha de repartirse profusamente gratis. A continuación damos noticia de los principales consejos que en tal librito han de consignarse.

El hombre normal (término medio de vida, salud, volumen, peso, etc.) deberá caminar con la cabeza levantada, sin inclinarla a uno ni otro lado y procurando que sus brazos marquen un cierto compás, un movimiento algo parecido al que marcan los soldados en sus marchas.

Los brazos deben caer a lo largo del tronco por su propio peso sin afectación ni contracción muscular alguna.

El pecho debe tender siempre a sacarse, esto es, que los brazos, y aún los hombros, tiendan hacia atrás. De esta manera se evita la fatiga y se aplazan muchas enfermedades del pulmón.

A los asmáticos, se les recomienda este procedimiento, y en todos los casos a cualquier persona se le prohíbe que camine encorvada.

La mujer tiene más propensión que el hombre a encorvarse, y en algunas ocasiones este verdadero vicio llega a tal extremo que los huesos, saliéndose de sus articulaciones, presentan una verdadera luxación, difícil de curar, por obedecer a una continúa y mala postura del tronco, y hasta a fracturarse cuando por razón de la edad falta la *smabia*, juego especialísimo que hace en las articulaciones el oficio de la grasa en los engranajes de una máquina. A veces, las vértebras, sin más que por un modo de andar defectuoso, desvíanse de su verdadero lugar y van a herir órganos importantes.

No debe andarse ni muy deprisa ni muy despacio, pero en el caso en que haya necesidad de hacer lo primero, los brazos deberán echarse hacia atrás como los dedos aún más que en la marcha ordinaria.

Caminar muy despacio, síntoma indudable de pereza, es perjudicialísimo, porque la persona se acostumbra a dar cierta laxitud a sus piernitas y a la misma rótula no articula, sino que la pierna tiende a avanzar recta; ó por el contrario a doblarse demasiado pronto, dejando gravitar sobre ella todo el peso del cuerpo.

Al subir cuestras ó escaleras deberá exajarse, por decirlo así, la posición de llevar la cabeza hacia atrás y el pecho levantado, de igual manera, aunque parezca un contrasentido, que al bajarlas.

Los saltos deberán evitarse y sobre todo los que por lo grandes implican un esfuerzo muscular extraordinario. Lo mismo que si provinieran de levantar crecidos pesos, se registran muchas hernias y fracturas ocasionadas por un salto.

Los niños no deben sus padres lanzarlos a andar hasta que tengan por lo menos 18 meses, pues no poseyendo antes fuerza suficiente en sus piernecillas, resulta que aquellas se deforman y se tuercen.

Las personas que andan llevando siempre un objeto en determinada mano, cluyen también por deformarse. Ciertas sombrillas, los bastones de peso, etcétera, deben llevarse cambiando de mano de vez en cuando. Los que así no lo hagan, observarán que uno de sus brazos se alargará más que el otro y que uno de los hombros descende.

quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desventura y lascivo intento las menoscabasen. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creyendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que con la voluntad a mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien exornar), dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que sin responderle palabra, embohadados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino, le tenían colgado en un alcornoque. Más tardó en hablar D. Quijote que en acudir a la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañe-

interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las clemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la purpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretrejidas, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanías con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde

dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos que ellos conocían y yo también conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traía comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseados de buscar a donde alojar aquel a noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego a caballo y diéronse prisa por llegar a poblado antes que anocheciera; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasar allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fué de contento para su amo dormirse al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedía, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

### CAPÍTULO XI

De lo que sucedió a Don Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo animado a Rocinante y a su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tajajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego y tendiendo por el suelo unas pieves de ovejas, aderezaron con mucha prisa su rústica mesa.





